

sentaron al hombre¹, y viviendo la misma vida, las especies se comprendían mutuamente. En el territorio de Carnot, en el Africa ecuatorial, los animales de la selva, domesticados fácilmente, constituyen una especie de república de lo más curioso; entre aquellos numerosos comensales del hombre, distinguíase en 1898 un gran mono amarillo, que por su propia autoridad se había constituido en vigilante: llevaba á pacer los carneros, como lo hacen los perros de Europa, y mordía enfurecido las patas de los que se apartaban del rebaño. Después, cuando los animales pacían tranquilamente, montaba sobre el que tenía más cerca y le despojaba de parásitos; evidentemente mostraba interés en hacerse el asociado del hombre, y si se concluyó el trato, fué por su iniciativa personal².

Hay comarcas en que puede decirse que esta asociación es forzosa, ya que el suelo y el clima colocan al hombre y los animales en condiciones de estricta interdependencia. En los *ranchos* y *corrales* de Nuevo Méjico, del Arizona y de la Sonora, los buitres «basureros» se hacen necesariamente comensales de la familia, y de una parte y de otra, entre las aves y los hombres nace un sentimiento colectivo de propiedad común y de solidaridad; cuando se presenta un extraño, el buitre se mantiene á cierta distancia con aire sospechoso, después, cuando sale el intruso, el buitre se acerca con satisfacción manifiesta: como las aves domésticas, pertenece á la gran familia del corral.

La paloma gusta también de la vecindad del hombre, y frecuentemente cuando el águila ó el halcón se ciernen en el espacio, busca un refugio cerca de la cabaña del hombre y hasta bajo su techo. El lobo *coyote*, menos familiar, es, si no un comensal, al menos un parásito del indio mejicano. Sabido es que viene por la noche á rodear el hogar para recoger las sobras de la comida, y se evita con cuidado espantarlo; se le reconoce como una vaga parentela, y en cambio de la tolerancia que se le asegura durante sus visitas nocturnas, se espera de él una protección eficaz contra los genios malecheros de las noches.

La domesticación de los animales no es más que un grado superior de la familiaridad primera, procedente del cambio de servicios y del hábito. En la Sonora y el Arizona el pavo es tan doméstico como en

¹ Victor Meunier, *Les Singes domestiques*.

² Blom, *Mouvement géographique*, 6 noviembre 1898.

los corrales de Europa, y todo induce á pensar que ese volátil comenzó, como la paloma, por pedir refugio y alimento al hombre, y que al fin, habituados completamente á ese nuevo medio, temió aventurarse en la selva ó sobre las abrasadoras arenas¹. La industria del hombre no tuvo que ejercerse en esta evolución del animal: bastaron la simpatía, la bondad natural y la comunidad de intereses.



UNO DE LOS MONOS DEL TERRITORIO CARNOT (AFRICA ECUATORIAL) MONTADO SOBRE UN CARNERO PARA DESPOJARLE DE PARÁSITOS

Dibujo de G. Roux, de una fotografía.

Por un fenómeno análogo, el hombre y el animal se comprendieron á menudo recíprocamente en otros medios para buscar el alimento común. Así, los cuclillos del Africa meridional y los Hotentotes han sabido asociarse perfectamente para la explotación de las colmenas de abejas: los primeros se encargan de descubrir el nido, después lo indican por medio de gritos penetrantes al hombre, quien responde por un

¹ W. J. Mac Gee, *The Beginning of Zooculture*, «American Anthropologist», 1897.

silbido; en seguida van de acuerdo al pillaje del botín, á la repartición de los víveres, porque el hombre, obligado al reconocimiento por su interés, deja siempre á su compañero una parte suficiente del hallazgo.

Existe el mismo género de asociación para la pesca. La golondrina de mar, guía al batelero lapón sobre el Pallajerri, probablemente también sobre los otros lagos de la comarca, y, mediante participación en el festín, le designa los bancos de pescados donde el pescador podrá tender sus redes con toda seguridad. Otros muchos tratados sin palabras, lo que no impide su observancia, se celebran también entre el hombre y las aves pescadoras.

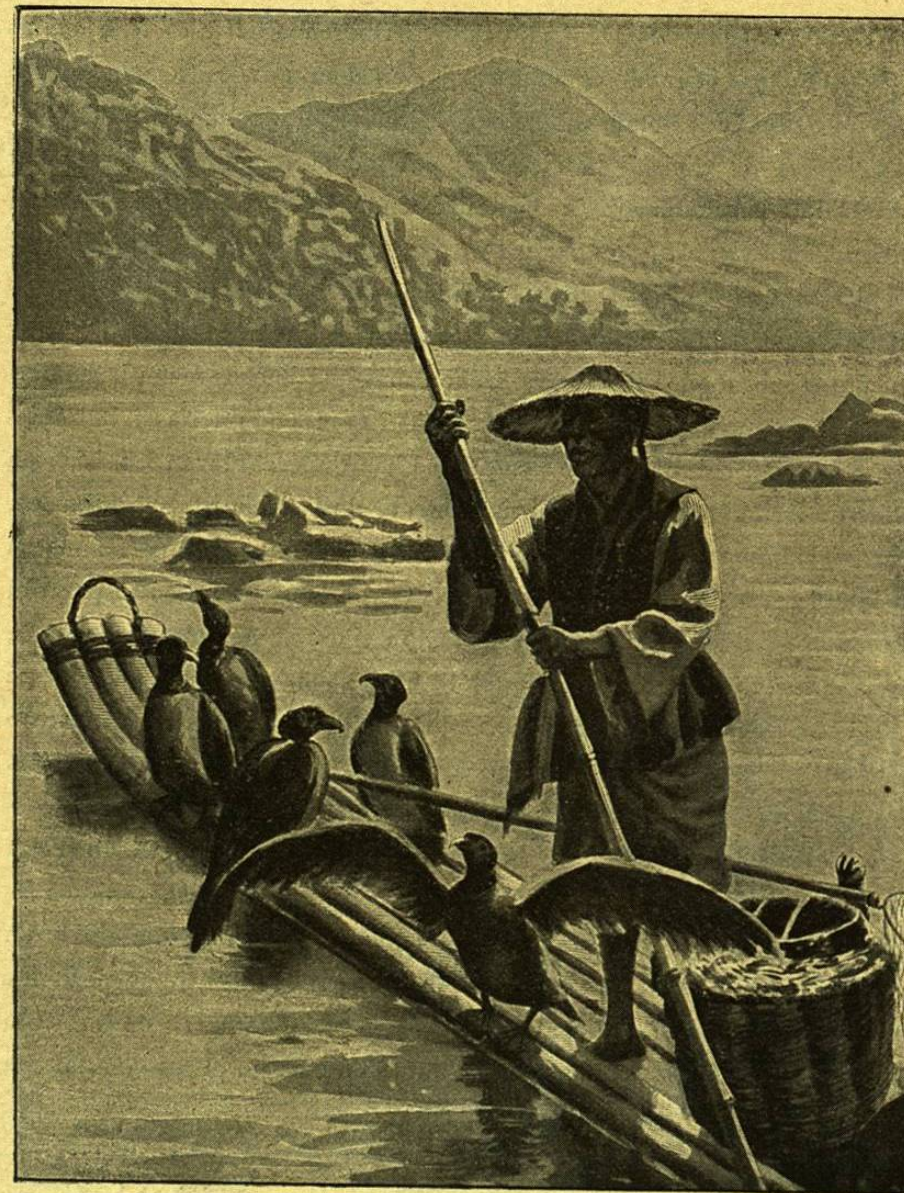
Antes que el chino aprendiera á domesticar el Cormorán y á estrecharle el cuello con un anillo para impedirle la deglución del pez capturado, fué comensal del volátil, pescando juntos en los ríos y en los lagos. En muchos ríos del interior, la alianza libre — partes iguales entre el hombre y el ave — no ha sido violada aún en beneficio del más fuerte. También se han formado ligas, no para el alimento, sino para la defensa, especialmente contra las serpientes.

En la Martinica, en Sainte Lucie, las aves de la selva se reúnen tumultuosamente para señalar al hombre la presencia del trigonocéfalo, y celebran con gritos de triunfo y cantos de felicitación, á la gloria del vencedor, la muerte del detestado enemigo.

Nuestra alianza con el perro, el compañero principal del hombre en la lucha por la existencia, presenta análogo origen. Se ha observado frecuentemente que perros salvajes, ó vueltos al estado libre, se asocian hasta por docenas para obligar á la carrera á un animal que sería harto temible ó demasiado rápido para uno solo de sus perseguidores.

Así mismo, en ocasión de hallarse unos hombres cazando animales grandes por su propia cuenta, se han visto cánidos tomar también parte en la caza, contando con que después de la captura el jefe de montería no dejaría de darles un trozo de la presa que habían ayudado á capturar. Así se selló el tratado de alianza entre los cazadores, hombres y perros, y de la asociación debió de nacer, tarde ó temprano, la servidumbre del animal, menos fuerte por la inteligencia y la voluntad. De esa manera llegaron los pueblos cazadores á domesticar los halcones.

La amistad primera, espontánea, tuvo también su importancia en la



CHINO PESCANDO CON LA AYUDA DE LOS CORMORANES

Dibujo de G. Roux, según documento fotográfico.

obra de cooperación del hombre con los animales; para ciertas especies fué la única razón de alianza. Las gacelas y otros rumiantes, que se asociaron á los ribereños del Nilo, son en su mayor parte comensales que, antes de ser animales domésticos utilizados por el hombre como alimento, eran verdaderos amigos, protegidos por un contrato tácito escrupulosamente observado.

A este respecto, los Denkas, pastores ribereños del alto Nilo, en las regiones en que vagando el río á través de las llanuras es frecuentemente obstruido por islas flotantes, pueden ser considerados como hallándose en la época de transición. La cría del ganado, que padece en el mar ondulado de largas hierbas, es la única ocupación de aquellos negros, su único ideal; el animal compañero es para ellos, como para los Brahmanes hindus una especie de dios; no hay juramento más fuerte y más respetado que la palabra jurada por los antepasados de la vaca.

Para sí mismos los Denkas no tienen más que chozas ó simples albergues, mas para las vacas enfermas construyen enfermerías admirablemente limpias sobre tierras siempre secas, que se elevan en islas en medio de la llanura; viven casi únicamente de la leche de sus animales, vacas y cabras, que se dejan ordeñar complacientemente, y no matan jamás animales sanos. Las vacas denkas, graciosos seres que parecen antílopes, son respetadas todo el tiempo que es posible; sus amos, muy sobrios, aunque muy fuertes, sólo comen una vez al día, al ponerse el sol, y se alimentan con la carne de los bóvidos enfermos ó heridos; no obstante, sucede á veces, en tiempo de escasez, que sangran sus animales para beber su sangre, que mezclan con la crema. La comunidad de costumbres les ha hecho venerar las serpientes inofensivas que saben son muy golosas de la leche, y cada vivienda tiene varios de esos ofidios familiares á los que se conoce individualmente y se llama por su nombre¹.

Del mismo modo, los civilizados del vecino Egipto domestican los cocodrilos. En la Antigüedad, las gentes de Denderah dicese que eran muy hábiles para encantar esos animales, comunes en el Nilo en aquella época, y se servían de ellos como de monturas.

Antes que unos mal aconsejados europeos ejerciesen su destreza matando los saurios del lago de Pir Mangho, cerca de Karatchi (Kurachee), aquellos animales sagrados acudían fielmente al llamamiento de sus guardianes y se dejaban montar por pintores piadosos que adornaban sus hocicos con pinturas². Los chiquillos de Palembang juegan también con los cocodrilos, que se hallaban bien alimentados por los restos de cocina que caen de las casas sobre pilotes edificadas en el río.

¹ Georg Schweinfurth, *Im Herzen Afrikas*.

² Richard Burton, *Sind revisited*; Hermann von Schlagintweit, *Reisen in Indien und Hochasien*.

En muchas poblaciones, sobre todo en la América meridional, los jóvenes, y más aun las mujeres, tienen un talento maravilloso para encantar los animales. Hay cabaña de indio rodeada de una colección de animales diversos entre los cuales hay dantas, corzos, didelfos y hasta jaguares; vense allí monos que saltan por las ramas sobre la cabaña, pécaris hociendo por el suelo, tucanes, papagayos que posan aquí ó allá. Las grandes aves agamis y los perros son los defensores de toda la gran familia, y un extranjero no logrará penetrar en la cabaña si no es introducido por los mismos huéspedes.

Con todos esos familiares, un europeo moderno proveería su cocina, pero el indio respeta la vida de los animales criados por él: pertenecen á la casa, y si prestan servicios domésticos para la guarda ó para la vigilancia, la violencia no tuvo en ello participación: de la libre asociación nació la comunidad de vida.

Por lo demás, es cierto que, gracias á ese compañerismo, la evolución de los animales que se adhieren al hombre se hace mucho más rápida, del mismo modo que en la sociedad humana la inteligencia del alumno se desarrolla en proporción de las cualidades correspondientes de sus educadores.

Lo que es verdad para nuestra especie lo es también para las otras. Se comprende difícilmente que los mismos partidarios de la teoría de la evolución hayan podido pretender, después de haber visto á los animales domésticos asociados al hombre, que la progresión intelectual de los seres, desde el estado rudimentario de los microbios hasta el organismo complicado y á la astucia sutil del chacal y de la zorra, á la prudencia del elefante, esté marcada por una ley fatal de fijación.

Según esa hipótesis, el animal permanece encerrado en un círculo del que no puede salir. Los perros de caza y la pieza perseguida no pueden variar sus astucias, los insectos y los vertebrados industrioses no aprenderán jamás un nuevo procedimiento, y ningún pájaro cantor modificará sus acentos. Es posible que la evolución de la inteligencia animal se haya hecho con mayor lentitud que la del hombre, desde que éste se poseyó de instrumentos, pero se continúa en todas las especies prósperas. Hay similitud de evolución entre el hombre y sus hermanos inferiores.

Donde quiera que se han constituido pequeñas sociedades, mundos